



REVISTA DE
EXALTACION
DE LA MANCHA

Se edita en la Villa de Campo de Criptana ✧ Sale a luz su número 4 el día 30 de Mayo de 1950 ✧ Director: JOSE GONZALEZ LARA

desde su Mancha eterna, alza la voz en homenaje a DON ANTONIO MACHADO. Las aspas de nuestros molinos se orientan al viento de Soria, eternizada también por el verso del Maestro.

LARGA PAZ...

Por JOSE S. SERNA

Asistimos con inefable gozo a la renovada glorificación póstuma del poeta Antonio Machado.

Muchos grandes poetas han pasado por la vida —en vilo la preciosa carga de sus sueños— casi desconocidos o, lo que es peor, olvidados. Sólo después de muertos, entró la luz del éxito en la luz de su verso y proyectóse sobre su nombre el arco iris de la inmortalidad. El fracaso de su vida fué el precio de su muerte inmortal. Así, se ha llamado justamente a la gloria «el sol de los muertos». ¿Acaso necesitaban morir para que su genialidad les fuese perdonada?...

Don Antonio, no. Don Antonio —por suerte para él y para los que, admirándole tanto, le queríamos— triunfó totalmente como poeta desde un principio, desde sus «Soledades». Ninguno de los halagos de la victoria le fué jamás regateado, y los violines de la gloria —prodigioso caso en nuestro tinglado literario de centralizadas capillas— le llegaban claros y unánimes hasta el rincón provinciano —Soria, Baeza...— donde explicaba cada día, «con un dejo de timidez y de altivez», su lección de francés. ¡Oh el «humilde profesor de un Instituto rural»!

Demasiadas veces, cuando el genio muere se hace un hondo, compacto, rencoroso silencio, que excesivamente se prolonga. Pasan los años, pero... todavía es pronto para ese perdón previo que la genialidad necesita. Un día llega en la claridad del alba, y el artista navega ya serena, eternamente en la Historia.

Tampoco eso —por fortuna— ha sucedido en el caso de Machado, cuya obra no conoce, ni puede conocer ya, no conocerá jamás el olvido. Por ello contemplamos esta nueva glorificación con júbilo inefable, pero sin sorpresa. Es todo tan natural, tan justo y, por así decirlo, tan inevitable que nada hondo nos conmueve. Deja alegría en el espíritu, mas no inquieta el paso de nuestro corazón.

Nos produce contentamiento la triunfal supervivencia de su poesía, pero otras cosas son las que profundamente nos emocionan:

su verso siempre y, además, el recuerdo del hombre. La tragedia humana de Machado. Porque todo cuanto se dió a manos llenas al poeta, al hombre le fué negado.

«...y lo que yo más quería
la muerte se lo llevó.»

«Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.»

«Señor, ya estamos solos mi corazón
(y el mar.)»

Un poquito tristes nos deja la lectura de algún ensayo en que la poesía machadiana se estudia, tratando de abrir los versos con bisturí de investigador. ¡Qué pena! La misma tortura que don Antonio sentía ante la recitación de sus versos por otro, despierta en nosotros el estudio de sus poemas.

Algunos nos hablan del hombre, al que vieron, con el que conversaron. Nunca, por lo que nos cuentan, diremos al que conocieron.

Otro nos relata vulgarmente el encuentro con Leonor Izquierdo Cuevas, hija de un guardia civil, en la modesta pensión soriana de la calle de Teatinos. Otro, sus paseos por los caminos segovianos con amigos mediocres. Se puede llegar, no obstante, a más

—a menos—. Y llégase en unas ágiles y resentidas «Siluetas de escritores contemporáneos», en que, de manera tan descarnada e insólita, se alude al paso bamboleante de don Antonio, a sus botas desmesuradas, a si contaba de este o el otro modo las sílabas de sus versos...

Y, sin embargo, las cosas han de aceptarse así, evitando aspavientos inútiles. Porque ésta es la gloria por la que tanto se lucha. Ya decía Benavente en «Para el cielo y los altares»: «Y, en honor del Santo, el estruendo más infernal».

Por eso, hemos de olvidarnos de la disección y volver al verso, que «bruta de manantial sereno», en busca de la prístina emoción; la que siempre sentimos, desde nuestra juventud —«la pobre loba, muerta»—; emoción que era

(Continúa en la pág. 4.ª)

PUGNA

Para Enrique Soriano

¡Piedrabuena! ¡Aquel regato
que se creció con mi pena!...
(La lucha, sobre el retrato
de tu don «Juan de Mairena».)
Filo en bruto: PIEDRA BUENA.
Pedernal de un hacha fuerte.
Tú, grave. Tú con la muerte
luchando a brazo partido.
Y al fin, tu silencio herido...
¡Venciendo tú, por vencerte!

Juan ALCAIDE SANCHEZ

TREGUA

(«—Dime cómo era Soria, amigo mío»
Juan ALCAIDE SANCHEZ)

Me preguntas: «Y Soria, ¿cómo era?»
¿Cómo era...? ¿Y yo, cómo era, amigo mío?
¿cómo aquel día de celeste frío
que en el alma dejó su hora primera?

No bastará ninguna primavera,
ninguna rosa roja del estío
para olvidar aquel helado río,
aquel nidal del pino en la ribera.

Pero cuando por Soria me preguntas
¿qué contestar si nuestras voces juntas
están allí donde el Urbión crecía

con la nieve, el pinar y el nido eterno
del corazón que, en medio del invierno,
oye decir y canta todavía?

JOSE GARCIA NIETO

Madrid, Febrero, 49



Misterioso y silencioso
Iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
Que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
De timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
Casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
Como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
Y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
O traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
Y del amor y del placer.
Cantaba en versos profundos
Cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso,
Un día al imposible fué.
Ruego por Antonio a mis dioses,
Ellos le salven siempre. Amén.

RUBEN DARIO

LEONOR

Al doblar las rodillas del recuerdo, en oración por el Maestro, evocamos junto a él, diluida en un aire dolorido y romántico, la sombra de Leonor. Desde acá —nuestra moviediza y efímera ribera— hemos de verlos juntos caminar. Aquella razón de amor, inmensa como el alma de Antonio, que prestigió con oros cuanto vieron los ojos del poeta: Soria, eterna ya por él, los árboles del río, San Saturio, el Mirón, San Juan de Duero... se vinculó para siempre, por el milagro del amor, al recuerdo de Machado, Leonor, Antonio: una lírica ecuación bañada de eternidad.

«—No me separaré nunca de ti» —le habló la Amada al borde de la muerte, intuyendo —en una última centella de lucidez— que, ya, por el verso y por la vida de Antonio vagaría siempre la atormentada ausencia de Leonor.

...Y así fué Antonio, con su precioso tesoro de tristeza, viviendo la elegía de su soledad e hiriendo de llanto el aire de Castilla.

Con una rosa blanca de nuestra primavera manchega, llegamos hoy —seguros de encontrarnos allí con el poeta— a la tierra soriana que ciñe las cenizas de Leonor,

«al alto Espino donde está su tierra».

E. S.